

cias; pero, sobre todo encontramos claridad, medida, buen gusto y esa ironía que ha pasado a la posteridad con el nombre de su creador.

La reconstrucción histórica, la evocación de las costumbres, la pintura de los numerosos personajes que actúan alrededor de Voltaire, todo ello le da a esta obra el clima histórico indispensable para sentirnos inmersos en la época en que vivió Voltaire, y, depurada de erudición, debemos reconocer que Maurois mantiene, con esta obra, su prestigio de biógrafo ameno, cuyas vidas ilustres se leen con la apasionada atención que despiertan las obras meramente recreativas.—*Milton Rossel.*

MUSSOLINI Y EL FASCISMO, por el prof. *Ferdinand Güterbock.* (1)

Sea cual fuere la actuación de Mussolini, lo cierto es que aparece ante nosotros como la figura más interesante del panorama de la política contemporánea. Muerto Lenin, Mussolini es la única personalidad de verdadero relieve histórico que ha producido esta época amorfa y turbulenta. Lenin y Mussolini han tratado de darle estilo, una fisonomía propia, alterando violentamente su ritmo histórico; el uno con frialdad asiática; el otro con fervor meridional, no exento de histrionismo. Corresponde a la historia dar su juicio definitivo sobre la labor política que han iniciado estas dos figuras egregias, que desde planos diferentes, colocadas a la misma altura, se repelen, yendo ambos por distintos caminos hacia un mismo fin. Ambos son discípulos de Maquiavello y ambos se han valido de la violencia para la consecución de su política. Nosotros, faltos de la perspectiva que da el tiempo, carecemos de la serenidad indispensable para que nuestros juicios sean justos y desapasionados, ya que somos beligentes en esta contienda social que agita el pensamiento contemporáneo.

De ahí que todo libro que se escriba acerca de estos conductores de pueblos, tiene que resentirse de partidismo, aun cuando

(1) *Mussolini y el fascismo*, del prof. Ferdinand Güterbock.—Editorial Ercilla.—Santiago de Chile.

sus autores sean de países distintos al de ellos, pues la atmósfera que han creado Lenin y Mussolini rebasa el límite de sus respectivas patrias, desparramándose por toda la tierra: comunismo y fascismo son credos políticos que se rezan tanto en la Habana como en Londres. De los libros que se publiquen sobre comunismo y fascismo, sólo podemos aceptar los hechos, lo concreto, lo tangible, aquello que no admite interpretación; lo demás lo recibimos como dato, como elemento de juicio, como información. . . .

Por eso del libro del prof. Ferdinand Güterbock eliminados la parte elogiosa, que en el fondo no es nada más que propaganda, y sólo aceptamos aquello que nos da a conocer la personalidad de Mussolini a través de los hechos, sus propias palabras sólo nos interesan en cuanto ellas tienen su ratificación en la realidad, porque Mussolini es orador y a los oradores hay que creerles muy poco. Desde luego, lo que nos llama más la atención en la personalidad de Mussolini es su facilidad para cambiar de ideas y de táctica. Sin duda, es esta una cualidad sobresaliente, a pesar de que para las muchedumbres pueda ella significar timidez o falta de carácter. Mussolini es antes que nada el político de las realidades; sabe él que no es de la voluntad humana rectificar las leyes ineluctables del destino; por eso se adapta a la realidad, se amolda al carácter de su pueblo; su política está condicionada por los acontecimientos cotidianos. Su credo político nació de fuerzas negativas: su odio al comunismo, al parlamentarismo y a la política internacional de las grandes potencias. Es decir, a todo aquello que había provocado el malestar en un sector apreciable del pueblo italiano. Supo Mussolini aprovechar ese momento psicológico, y, valiéndose de sus condiciones de demagogo y de organizador, formó una fuerza disciplinada poderosa a través de todo el país y solo actuó de frente cuando los partidos políticos tradicionales habían llegado a su mayor descomposición. Republicano, halaga al Rey; anti-clerical, coquetea con la Iglesia; enemigo del parlamentarismo, es respetuoso con el Senado; manchesteriano en economía, se entiende con el Soviet. Toda esta política de Mussolini tiene un carácter aparentemente contradic-

torio; mas, son los hechos lo que la van encauzando en un sentido determinado, prescindiendo de toda norma escrita. Por eso, se puede decir que el fascismo es Mussolini. Lo único que hay de inmutable en el fascismo es la violencia. «El fascismo—dice Güterbock—se apoderó del gobierno por el terror». Y seguramente, pensamos nosotros, por el terror se mantiene en el gobierno. Mussolini hace el elogio de la violencia, dice que ella es santa. «Mi saludo es una palabra encantadora y pavorosa: ¡Guerra!» Estamos, pues, frente a un hombre de carácter, de fuerte personalidad, que como un artista ha ido plasmando la fisonomía política de su país, extrayendo de los elementos vitales del pueblo italiano los ingredientes primarios para amoldarlo a su imagen y semejanza.

Más que un estudio a fondo de la política fascista, es este libro la historia ideológica de Mussolini hasta el año 1923, libro interesante porque nos da a conocer, primero la vida de un socialista que repudia el socialismo, y en segundo término, la de un republicano que mantiene al monarca como un elemento decorativo.

Una poderosa voluntad y una gran inteligencia. Un hombre. Ese es el Mussolini que conocemos a través de este libro, sin tomar en cuenta el elogio desmedido que nace de la simpatía ideológica.—*Milton Rossel.*

LA AMERICA BÁRBARA.

El ensayo ideológico que postule el redescubrimiento espiritual de esta nuestra «tierra de todos» es siempre de dramático y cordial interés. «Conoce tu continente» debe ser el imperativo apotegma de estos días de triste miseria conceptiva y económica.

Sud América es la niña boba e ingenua, romántica e ilusa que noveló Jorge Isaac con nombre de aldeana semita y de santa católica a la par. Es menester que «María» deje el balcón enflorado y comience su labor. Es indecoroso que siempre espere al «príncipe de Golconda o de China», cantado por Darío. Por